



CHUCK PALAHNIUK

Fantasmas

Un grupo de escritores acuden, tras leer un anuncio en la prensa, a un retiro para artistas donde supuestamente darán rienda suelta a su imaginación. Inmersos en un escenario aislado de las preocupaciones mundanas, los escritores llegan dispuestos a escribir su obra maestra. No obstante, la colonia de escritores resulta ser un lugar apartado del mundo, un viejo teatro abandonado, donde la comida, la electricidad y los suministros básicos son bienes escasos. En estas condiciones precarias, los protagonistas comenzarán a escribir historias terroríficas hasta llegar a un grado de maquinación diabólico, y alzarse ante la masa como héroes de una película documental.

Fantasmas es al mismo tiempo una sátira provocativa sobre el ansia de notoriedad y un homenaje a los clásicos del género de terror en la línea de *Los cuentos de Canterbury* o *Frankenstein*.

Había muchas cosas hermosas, muchas desvergonzadas, muchas *grotescas*, algunas terribles y no pocas que podrían provocar repugnancia.

EDGAR ALLAN POE,
«La máscara de la muerte roja»

COBAYAS

Se suponía que esto era un retiro para escritores. Se suponía que era seguro.

Una colonia aislada para escritores, donde pudiéramos trabajar,
dirigida por un anciano muy anciano y moribundo llamado Whittier,
hasta que dejó de serlo.

Y se suponía que teníamos que escribir poesía. Poesía bonita.

Todos nosotros, sus alumnos aventajados,
encerrados sin contacto con el mundo ordinario durante tres meses.

Y entre nosotros nos pusimos nombres como «el Casamentero». Y «el Eslabón Perdido».

O «la Madre Naturaleza». Etiquetas tontas. Nombres que se nos ocurrían.

De la misma forma que cuando eras niño te inventabas nombres para las plantas y los animales que había en tu mundo. A las peonías pegajosas de néctar e infestadas de hormigas: las llamabas «flores hormigueras». Y a los colliers «Perros Lassie».

Pero incluso ahora, sigues llamando a alguien «ese hombre con una sola pierna».

O «ya sabes, la chica negra».

Nos llamamos los unos a los otros:

«el Conde de la Calumnia».

O «la Hermana Justiciera».

Los nombres nos los ganábamos en base a nuestros relatos.

Los nombres que nos poníamos entre nosotros basados en nuestra vida y no en nuestros apellidos:

«la Dama Vagabunda»,

«el Agente Chivatillo».

Basados en nuestros pecados y no en nuestros trabajos:

«San Destripado».

Y «el Duque de los Vándalos».

Basados en nuestros defectos y crímenes. Al contrario que los nombres de los superhéroes.

Nombres tontos para gente real. Como si abrieras con un cuchillo una muñeca de trapo y dentro encontraras:

intestinos de verdad, pulmones de verdad, un corazón que late, sangre. Mucha sangre caliente y pegajosa.

Y se suponía que teníamos que escribir relatos. Relatos graciosos.

Éramos demasiados, aislados del mundo durante toda una primavera, un verano, un invierno o un otoño. Una estación entera de aquel año.

No importaba qué clase de personas fuéramos, no para el viejo señor Whittier.

Pero esto no lo dijo de entrada.
Para el señor Whittier éramos animales de laboratorio. Un
experimento.

Pero no lo sabíamos.

No, esto solamente fue un retiro para escritores hasta
que ya fue demasiado tarde para que fuéramos otra
cosa
que sus víctimas.

1

Cuando el autobús se detiene en la esquina donde la Camarada Sobrada aceptó esperar, ella ya está allí vestida con una chaqueta de aviador comprada de los excedentes del ejército —de color verde oliva oscuro— y pantalones anchos de camuflaje, con los bajos remangados para dejar ver unas botas de infantería. Con una boina negra bien calada en la cabeza, podría ser cualquiera.

—La regla era... —dice San Destripado por el micrófono que tiene encima del volante.

Y la Camarada Sobrada dice:

—Vale. —Se inclina para desanudar de una maleta una etiqueta que identifica el equipaje. La Camarada Sobrada se mete la etiqueta para equipaje en su bolsillo de color verde oliva, carga con la segunda maleta y sube al autobús. Mientras la primera maleta se queda en la acera, abandonada, huérfana, sola, la Camarada Sobrada se sienta y dice —: Muy bien.

Dice:

—Arranca.

Esta mañana todos nos hemos dedicado a dejar notas. Antes del amanecer. Hemos bajado escaleras a oscuras de puntillas con nuestra maleta y hemos tomado calles a oscuras con la única compañía de los camiones de la basura. No hemos visto salir el sol.

Sentado al lado de la Camarada Sobrada, el Conde de la Calumnia está escribiendo algo en un cuaderno de bolsillo, mirándola alternativamente a ella y a su bolígrafo.

E, inclinándose a un lado para mirar, la Camarada Sobrada dice:

—Tengo los ojos verdes, no castaños, y mi pelo es de color caoba natural. —Ella mira cómo él escribe «verde» y luego dice—: Y tengo una rosa roja pequeñita tatuada en la nalga. —La mirada de ella se posa en la grabadora plateada que a él le asoma del bolsillo de la camisa, con la rejilla de su micrófono, y luego dice—: No escribas «pelo teñido». Las mujeres se «resaltan» el color del pelo o bien se lo «retocan».

Cerca de ellos va sentado el señor Whittier, allí donde puede sujetar el armazón plegado de acerocromo de su silla de ruedas con sus manos manchadas por la edad y temblorosas. A su lado va sentada la señora Clark, con unos pechos tan grandes que casi le descansan en el regazo.

La Camarada Sobrada les echa un vistazo. Se inclina sobre la manga de franela gris del Conde de la Calumnia y dice:

—Puramente ornamentales, supongo. Y sin ningún valor nutritivo...

Hoy es el día en que nos perdemos nuestro último amanecer.

En la siguiente esquina oscura donde nos está esperando, la Hermana Justiciera levanta su reloj de pulsera negro y pesado y dice:

—Habíamos quedado a las cuatro y treinta y cinco. — Da unos golpecitos en la esfera del reloj con la otra mano y dice—: Son las cuatro y treinta y nueve...

La Hermana Justiciera trae un estuche de cuero de imitación con un asa blanda y una solapa que se cierra con un broche para proteger la Biblia que lleva dentro. Un bolso de fabricación casera para transportar la Palabra de Dios.

Estamos esperando al autobús por toda la ciudad. En las esquinas o en los bancos de las paradas de autobús, hasta que aparece San Destripado. Con el señor Whittier sentado cerca de la parte de delante junto a la señora Cla-

rk. El Conde de la Calumnia. La Camarada Sobrada y la Hermana Justiciera.

San Destripado tira de la palanca que hace que la puerta se abra plegándose sobre sí misma y en la acera aparece la pequeña Señorita Estornudos. Con las mangas de su jersey abultadas por todos los pañuelos de papel sucios que lleva metidos dentro. Levanta su maleta y de la misma sale un ruido fuerte parecido al ruido de las palomitas dentro de un microondas. Con cada peldaño que sube de la escalerilla del autobús, la maleta hace un estruendo parecido a un fuego lejano de ametralladora, y la Señorita Estornudos nos mira y dice:

—Mis pastillas. —Agita ruidosamente la maleta y dice —: Llevo provisiones para tres meses...

De ahí la norma que limita la cantidad de equipaje. Para que podamos caber todos.

La única norma es una sola pieza de equipaje por persona, pero el señor Whittier no ha especificado de qué tamaño ni de qué clase.

Cuando la Dama Vagabunda sube a bordo, lleva un anillo de diamante del tamaño de una palomita de maíz y con la mano sujeta una correa que va arrastrando una maleta de piel con ruedecitas.

Con un gesto de los dedos destinado a hacer centellear su anillo, la Dama Vagabunda dice:

—Es mi difunto marido, incinerado y convertido en un diamante de tres quilates.

Al oír esto, la Camarada Sobrada se inclina sobre el cuaderno en el que está escribiendo el Conde de la Calumnia y dice:

—«Lifting» acaba en g.

Unas cuantas manzanas más tarde, después de un par de semáforos y de doblar unas cuantas esquinas, aparece el Chef Asesino, esperando, con una maleta de aluminio moldeado en la mano donde lleva todos sus calzoncillos blancos elásticos y sus camisetas y sus calcetines doblados

en cuadrados tan perfectos como si fueran de origami. Además de un juego completo de cuchillos de chef. Debajo del mismo, su maleta de aluminio está atiborrada de fajos de billetes sujetos con gomas elásticas, todos en billetes de cien dólares. Todo junto pesa tanto que tiene que usar las dos manos para subirlo al autobús.

Después de bajar otra calle, pasar por debajo de un puente y dar toda la vuelta a un parque, el autobús se detiene en una acera donde no parece haber nadie esperando. Allí el hombre al que llamamos «el Eslabón Perdido» sale de entre unos matorrales que hay cerca de la acera. En las manos lleva una bolsa negra de basura hecha una pelota y llena de rasgaduras, a través de las cuales asoman camisas de franela a cuadros.

Mirando al Eslabón Perdido, pero dirigiéndose al Conde de la Calumnia, al que tiene al lado, la Camarada Sobrada dice:

—Con esa barba, Hemingway le habría pegado un buen tiro...

Ese mundo que sigue dormido nos tacharía de locos. Toda esa gente que sigue en la cama pasará otra hora durmiendo, luego se lavarán la cara, debajo de los brazos y entre las piernas, antes de ir al mismo trabajo de todos los días. A vivir la misma vida de todos los días.

Esa gente llorará al descubrir que nos hemos ido, pero también llorarían si subiéramos a bordo de un barco para empezar una nueva vida al otro lado del océano. Emigrantes. Pioneros.

Esta mañana somos astronautas. Exploradores. Gente despierta mientras ellos duermen.

Esa gente llorará, pero luego regresarán a trabajar de camareros, a pintar casas, a programar ordenadores.

En nuestra siguiente parada, San Destripado abre las puertas y un gato sube la escalerilla y recorre el pasillo que hay entre los asientos del autobús. Detrás del gato aparece la Directora Denegación diciendo:

—Se llama Cora. —La gata se llama Cora Reynolds—. Yo no le puse el nombre —dice la Directora Denegación, vestida con un blazer y una falda de tweed cubiertos de pelos de gato. Con un bulto en el pecho debajo de una de las solapas.

—Lleva una pistolera en el hombro —dice la Camarada Sobrada inclinándose para hablar con la grabadora que el Conde de la Calumnia lleva en el bolsillo de la camisa.

Todo esto —susurrar a oscuras, dejar notas, mantener las cosas en secreto— es nuestra aventura.

Si estuvieras planeando quedarte aislado en una isla desierta durante tres meses, ¿qué te llevarías?

Digamos que el suministro de comida y agua está garantizado, o eso crees tú.

Digamos que solamente puedes llevar una maleta porque vais a ser muchos y el autobús que os lleva a todos a la isla desierta tiene el espacio limitado.

¿Qué meterías en la maleta?

San Destripado lleva cajas de aperitivos de cortezas de cerdo y ganchitos, y tiene los dedos y la barbilla de color naranja por culpa del colorante salado. Mientras agarra el volante con una mano, con la otra inclina los paquetes para verter el contenido dentro de la boca que tiene en medio de su cara flaca.

La Hermana Justiciera trae una bolsa de la compra llena de ropa y con una cartera de colegial encima de todo.

Inclinándose por encima de sus enormes pechos, cogiéndolos como si fueran un niño que llevara en brazos, la señora Clark le pregunta a la Hermana Justiciera si ha traído una cabeza humana.

Y la Hermana Justiciera abre la cartera de colegial lo bastante como para mostrar los tres agujeros de una bola negra de bolera y dice:

—Mi hobby...

La Camarada Sobrada aparta la vista del Conde de la Calumnia, que sigue tomando notas en su cuaderno, y con-

templa el cabello negro y densamente trenzado de la Hermana Justiciera, de cuyas horquillas no se sale ni un solo pelo.

—Eso —dice la Camarada Sobrada— es pelo con color.

En nuestra siguiente parada, el Agente Chivatillo está esperando con una cámara de vídeo delante de un ojo, filmando cómo el autobús se detiene frente a la acera. Lleva consigo un fajo de tarjetas de visita que se pone a repartir para demostrarnos que es detective privado. Con su cámara de vídeo a modo de máscara que le cubre la mitad de la cara, se dedica a filmarnos mientras recorre el pasillo hasta un asiento vacío del final, cegándonos a todos con el foco.

Una manzana más allá, el Casamentero sube a bordo, dejando tras de sí un rastro de mierda de caballo con sus botas de vaquero. Con un sombrero de vaquero de paja en las manos y un macuto colgado a la espalda, se sienta y abre su ventanilla y escupe un salivazo de tabaco marrón por el costado de acero pulimentado del autobús.

Esto es lo que traemos con nosotros para pasar tres meses fuera del mundo. El Agente Chivatillo, su cámara de vídeo. La Hermana Justiciera, su bola de bolera. La Dama Vagabunda, su anillo de diamantes. Esto es lo que necesitamos para escribir nuestras historias. La Señorita Estornudos, sus pastillas y sus pañuelos de papel. San Destripado, sus aperitivos. El Conde de la Calumnia, su cuaderno y su grabadora.

El Chef Asesino, sus cuchillos.

Bajo la luz tenue del autobús, todos espiamos al señor Whittier, el organizador del taller. Nuestro profesor. Por debajo de sus escasos cabellos grises peinados hacia un lado de la cabeza se le ve la cúpula reluciente y manchada de la calva. El cuello abotonado hasta arriba de su camisa se yerge como una cerca blanca y almidonada alrededor de su cuello flaco y manchado.

—La gente de la que os estáis escabullendo —nos dice el señor Whittier— no quiere que os iluminéis. Quiere que

seáis previsible.

El señor Whittier dice cosas como:

—No podéis ser la persona que ellos conocen y la persona genial y gloriosa en la que os queréis convertir. No al mismo tiempo.

La gente que nos quiere de verdad, dice el señor Whittier, nos suplicará que nos marchemos. Que hagamos realidad nuestros sueños. Que practiquemos nuestro oficio. Y nos querrán cuando regresemos.

Dentro de tres meses.

El pedacito de vida que todos nos estamos jugando.

Que estamos arriesgando.

Durante ese tiempo, apostaremos por nuestra capacidad para crear una obra maestra. Un relato o un poema o un guión o unas memorias que le den sentido a nuestra vida. Una obra maestra que nos libere de nuestra esclavitud a un marido o a un padre o una empresa. Que compre nuestra libertad.

Todos nosotros, yendo en autobús por las calles vacías y oscuras. La Señorita Estornudos se saca un pañuelo de papel mojado de la manga del jersey y se suena. Luego se sorbe la nariz y dice:

—Cuando estaba saliendo a escondidas, me moría de miedo de que me pillaran. —Se vuelve a meter el pañuelo en la manga y dice—: Me siento como... Anna Frank.

La Camarada Sobrada se saca del bolsillo la etiqueta para identificar el equipaje, lo único que le queda de su maleta abandonada. De su vida abandonada. Y dándole vueltas y más vueltas a la etiqueta que tiene en la mano, sin dejar de mirarla, dice:

—Tal como yo lo veo... —dice—, Anna Frank vivió bastante bien.

Y San Destripado, con la boca llena de nachos, mirándonos a todos por el retrovisor, masticando sal y grasa, dice:

—¿Y eso?

La Directora Denegación acaricia a su gata. La señora Clark se acaricia los pechos. El señor Whittier acaricia su silla de ruedas de acerocromo.

Bajo una farola, en una esquina que hay más adelante, espera la silueta oscura de otro aspirante a escritor.

—Por lo menos Anna Frank —dijo la Camarada Sobrada — nunca tuvo que ir de gira para promocionar su libro...

Y San Destripado pisa los frenos hidráulicos y hace girar el volante para detenerse frente a la acera.

HITOS

Un poema sobre San Destripado

«Este es el trabajo que dejé para venir aquí —dice el Santo —.

Y la vida a la que renuncié.»

Conducía un autobús turístico.

En el escenario, San Destripado tiene los brazos cruzados sobre el pecho: tan flaco que se puede tocar el centro de la espalda con las manos.

He ahí a San Destripado, con una sola capa de piel pintada sobre el esqueleto.

Las clavículas le sobresalen del pecho, grandes como asas.

Se le ven las costillas a través de la camiseta, y el cinturón, en vez del trasero, es lo que le sujeta los vaqueros.

En el escenario, en vez de un foco, un fragmento de película:

los colores de las casas y de las aceras, de los letreros de la calle y de los coches aparcados,

le pasan de lado sobre la cara. Una máscara de tráfico congestionado. De camionetas y camiones.

Y dice: «Aquel trabajo, conducir el autobús turístico...».